



El mandato de unos OJOS NEGROS

II

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Mari-Luz es una joven periodista española, empleada en la edacción de uno de los rotativos madrileños. Con motivo de haberse perpetrado cierto misterioso asesinato, recibe el encargo de su Director de seguir el desarrollo de los acontecimientos, publicando unos reportajes tan apasionantes que le valen uno de los más rotundos triunfos en su carrera. Todas las sospechas de la policía recaen en el sobrino de la víctima, que dicen lleva una vida desordenada, el cual ha desaparecido sin dejar rastro. Cierta día, nuestra heroína conoce a Jorge, muchacho joven y simpático, iniciándose entre ambos una amistad que lentamente va transformándose en otro sentimiento que va arraigando en el corazón femenino hasta el extremo que, a pesar de ver claramente que va perdiendo su libre albedrío, se deja llevar del mandato de aquellos ojos negros que han cambiado totalmente la faz de su vida.

EL timbre del teléfono la despertó a primera hora de la mañana. —¿Quién será el importuno?—pensaba, algo malhumorada. Mari-Luz mientras se echaba encima un precioso salto de cama y daba una rápida ojeada al espejo, como si tuviera que dejarse

—¡Ah! Eso se lo diré a usted esta tarde a las cuatro, en el café donde le espero—contestó Mari-Luz para salir del aprieto en que su debilidad con respecto a Jorge la había metido.

No pareció muy conforme el detective con el silencio que momentáneamente quería guardar la periodista, pero no tuvo más remedio que claudicar y esperar pacientemente a que el tiempo se escurriera con velocidad inversa a su impaciencia.

Mari-Luz retuvo unos momentos el aparato sin atinar a colgarlo.

—¡En buen jaleo me estoy metiendo!—murmuró entre dientes—. Como no vea antes a Jorge, estoy perdida. ¿Qué le voy a decir a ese buen señor?...

A las once llegó a la redacción, haciendo mil filigranas para rehuir al Director; mas el azar, travieso e importuno como un chiquillo, quiso que se diera de narices con él.

—¡Mari-Luz! En estos momentos iba a buscarla a su despacho.

La boca de la joven se contrajo con una muequecilla que presumía de ser sonrisa.

—Vamos, vamos; no me había dicho que estaba tan adelantada en sus pesquisas. Esa reserva con su Director es de todo punto insoportable.

—¡Ah!, señor Director, creo que estos asuntos tan delicados deben llevarse con la mayor reserva posible. Ya ve usted que, aunque mujer, sé ser muda cuando es preciso.

—¡Cosa rara; pero, en fin, a las pruebas me someto! Supongo que ahora podrá explicarme cómo consiguió saber esas grandes y maravillosas novedades—insistió el señor Del Olmo, saboreando por anticipado el notición que estaba seguro de poder arrancar de labios de la joven.

—¡Eso sí que no!—atajó vivamente Mari-Luz—. Es secreto profesional, ¿entiende? Tal vez esta noche pueda explicárselo a usted. Por ahora es necesario que deposite en mí toda su confianza.

Y dejándole con la palabra en la boca, plantado en mitad del pasillo, como atontado por el asombro, Mari-Luz se encaminó a su despacho, más sorprendida que su propio jefe, al ver las filigranas que estaba haciendo por puro capricho de aquellos ojos negros que iluminaban su alma con reflejos extraordinarios.

—¡Ellos me lo mandan y no hay más remedio que hacerlo!—se decía con mohín de enfado, sintiendo, sin embargo, que aquel juego extraño la divertía más de lo que hubiese deseado—. ¿Y si hoy no le viera? ¿Qué voy a decirle a ese cara seria del detective?

Las zarzas del miedo se hincaron en la sensibilidad de la joven, que sintió un escalofrío.

No podía estar en la oficina; necesitaba aire, amplitud, distracción; no podía coordinar ideas, y la pluma se negaba a trabajar. Las paredes se le antojaron de plomo candente, y salió a la calle.

Perdida en la noria de sus pensamientos, vagó por calles y más calles, ajena a todo, con la pincelada verde de sus pupilas fija en el infinito.

Varios amigos la saludaron sin darse ella cuenta. Otros la requebraban ansiando una mirada, una sonrisa o un desplante. ¡Nada! Mari-Luz no veía ni oía nada. La sombra de aquellos ojos negros le vendaba los suyos, y en pleno día seguía presa de aquella oscuridad que la envolvía, iluminándole el alma.

Dieron las tres de la tarde, y automáticamente se dirigió al café sin haber probado bocado. El ruido de la gente que en él se encontraba la volvió a la realidad.

—¿Estoy idiotizada? Esto no puede ser. Ese hombre se apodera de mí, y yo soy tan tonta que me dejó llevar por el imperativo de su voluntad. ¡Bah! Eso ha de terminar muy pronto. ¡Hoy mismo! En cuanto venga el detective pongo en claro las cosas. Así se dará cuenta de que conmigo no puede jugarse.

El café cargado, tomado sin azúcar, le despertó el cerebro y el estómago, que empezó a protestar de aquel ayuno inme-



ver de quien la reclamaba.

—¡Al habla...!

La voz del detective, que era quien la llamaba, le sonó a nueva.

Desde que había dejado a Jorge olvidó por completo sus reportajes para columpiarse suavemente en el recuerdo de aquellas miradas que le habían producido tantas y tan diversas sensaciones.

—¿Cómo ha podido usted anunciar a la opinión pública que estamos sobre la pista de ese endiablado sobrino, si sabe muy bien que nada hemos logrado hasta el presente?—le habló con cierto deje de enfado en la voz.

Ellos me lo mandan y no hay más remedio que hacerlo!